

Ana Alonso

Historia de una rosa

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2020

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2020

© De las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2020

© De las fotografías: cedidas por el grupo de Viticultura de la Misión Biológica de Galicia-CSIC (págs. 116, 123, 125 y 127); 123RF y colaboradores

© Grupo Anaya, S. A., 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.pizcadesal.es

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 78-84-698-6612-2

Depósito legal: M. 304/2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Historia de una rosa

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

*A Rafael Álvarez Nogal (Fito),
investigador, admirado poeta,
catalizador de encuentros mágicos
y, sobre todo, amigo imprescindible.*

CAPÍTULO 1

«Todas las ciudades se parecen cuando llegas», pensó Bernal mientras miraba por la ventanilla del elegante automóvil negro que los había recogido en el aeropuerto de Sofía para llevarlos al hotel.

El conductor, un amable anciano con bigote, les había indicado en un inglés bastante rudimentario que ocupasen las dos filas de asientos reservadas a los pasajeros. Bernal se había sentado con sus padres, Carmen y Mauro, en la primera fila. Detrás iban Susana y Santi, los colaboradores de Carmen en la Misión Biológica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Pontevedra.

Llevaba viajando con aquel grupo de adultos desde que tenía seis o siete años. Había estado con ellos en Francia, en Alemania, en Italia y hasta en San Francisco. A veces tenía la sensación de que él también formaba parte del equipo de investigación de Carmen, porque sabía un montón de cosas acerca de las distintas variedades de uvas, los tipos de suelo donde crecía me-

jor cada una, los días de sol que necesitaban para madurar... Había aprendido todo aquello sin darse cuenta, escuchando las conversaciones de su madre con la gente de su equipo.

A su padre le ocurría lo mismo que a él. Era arquitecto, y una gran ventaja de su trabajo consistía en que podía hacerlo desde cualquier parte. Por eso acompañaba a Carmen a los congresos y se ocupaba de Bernal mientras ella estaba con los otros investigadores. De ese modo aprovechaban para conocer las ciudades, ir a museos, a conciertos, y sobre todo para callejear hasta descubrir algún edificio olvidado que a Mauro le serviría luego de inspiración en su trabajo.

Normalmente, Bernal disfrutaba mucho de esos viajes. Pero esta vez iba de mala gana. Sofía no era una ciudad que le atrajese demasiado... En realidad, no sabía casi nada de Bulgaria, y no conocía a nadie que hubiese visitado antes aquel país. Además, habría preferido quedarse en Pontevedra e ir a ver a su amigo Roi, que acababa de salir del hospital.

Roi le había mandado algunas fotos mientras estaba ingresado. Se había quedado sin pelo por la quimioterapia, y también había perdido algunos kilos. Lo que conservaba era su buen humor de siempre y su facilidad para decir cosas chistosas que a nadie se le ocurrirían. Era tan bueno en eso que la primera vez que Bernal tuvo que buscar en el diccionario la palabra «ingenioso» y descubrió su significado, lo asoció



inmediatamente con su amigo. Si había alguien ingenioso en el mundo, ese era Roi. A no ser que la enfermedad lo hubiera cambiado... Pero no, era imposible que Roi cambiase en eso.

—Habrà wifi en el hotel, ¿verdad? —preguntó por tercera o cuarta vez—. Quiero hacer una videoconferencia con Roi en cuanto llegue.

—Habrà wifi, aunque seguro que en algunos momentos se colapsará porque todos los congresistas intentarán conectarse al mismo tiempo —dijo Santi.

—No te preocupes, Bernal. Mientras estemos en las ponencias, tendrás todo el wifi del hotel para ti solo —le aseguró su madre.

—Y para mí también, espero —dijo Mauro sonriendo—. ¡Que hoy mismo tengo que mandar unos planos al estudio!

Mientras hablaban, el coche se internó en las calles del centro de la ciudad. Parecía un sitio agradable. Había algunas casas bonitas y zonas arboladas. A Bernal le sorprendieron los tranvías amarillos que circulaban entre el tráfico. El conductor tenía que ir pendiente para no cruzar las vías cuando se acercaba alguno.

En las tiendas, los carteles estaban escritos en unas letras que él nunca había visto.

—Esa escritura es como la del ruso, ¿no? —preguntó.

—Sí, es escritura cirílica —explicó Carmen—. El búlgaro es una lengua eslava, como muchas otras del este de Europa, y también el ruso. Pero además ha incorporado palabras de los países que rodean Bulgaria: Grecia, Turquía, Rumanía...

—Seguro que es muy difícil y que no me voy a enterar de nada.

—No vas a tener ningún problema, Bernal —dijo Susana—. En el hotel ya verás como todos te hablan en inglés.

—En el hotel no me va a hablar nadie. Seré el único niño... como siempre.

Mauro volvió a mirarlo, preocupado.

—¿Qué te pasa, Bernal? No es propio de ti quejarte tanto.



Bernal se encogió de hombros.

—Nada. Es que no sé muy bien qué hago aquí. Solo eso.

Sus padres intercambiaron una mirada por el retrovisor, pero ninguno de los dos dijo nada. Durante el resto del trayecto, solo hablaron Santi y Susana, comentando algunas de las cosas que veían a través de las ventanillas.

—¿Os habéis fijado? Hay carteles de rosas por todas partes —dijo Santi.

—Claro, es que la rosa es el cultivo nacional de Bulgaria —dijo Carmen—. Creo que la cosecha es en mayo, justo por ahora... Y que se celebra como una gran fiesta.

—Pues tenemos que enterarnos. Si coincide con nuestra estancia, podríamos acercarnos —opinó Mauro.

En las inmediaciones del hotel se encontraron con un poco de atasco. Había un montón de vehículos estacionados ante la puerta, y gente que salía de ellos cargada de equipaje. Todos los científicos que participaban en el Congreso Mundial del Vino estaban llegando a la vez... Seguro que en la recepción del hotel habría una cola tremenda.

Tal y como imaginaba, ante los mostradores de recepción se habían formado largas filas de huéspedes que aguardaban para que les asignasen su habitación. Había también un mostrador especial para los participantes en el congreso, pero a su alrededor se arremolinaba tanta gente que no se acercaron.



—Esperad vosotros ahí sentados, si queréis —le dijo Carmen a Mauro—. Todo esto puede llevarnos un buen rato.

Mauro y Bernal fueron a sentarse en uno de los sillones del vestíbulo. El suelo, de mármoles blancos y negros, formaba complicados patrones geométricos que te mareaban cuando los mirabas.

—Así se deben de sentir los peones de ajedrez cuando intentan avanzar por el tablero —bromeó Mauro.

Bernal sonrió. Sabía que los edificios que creaba su padre eran todo lo contrario que aquel hotel gigantesco y

pretencioso, lleno de espejos y de lámparas doradas y plateadas por todas partes. A Mauro le gustaba la arquitectura ecológica, con materiales naturales y sostenibles. Todos sus diseños tenían como objetivo la integración en la naturaleza y la recuperación de las formas de construir tradicionales. Aquel monumento al mal gusto debía de parecerle un crimen en toda regla..., pero se lo tomaba con humor, como era propio de él.

Mientras esperaban, Bernal se dedicó a observar a la gente que se movía por el vestíbulo. La mayoría iban en grupos de tres o cuatro personas y llevaban colgada con una cinta azul la acreditación para participar en el Congreso Mundial del Vino. Se trataba de un gran acontecimiento científico, y por eso habían acudido investigadores de todo el mundo especializados en el estudio de las distintas variedades de vides y en las técnicas de producción y elaboración de vino a partir de la uva.

—¿Quieres que juguemos al juego de los países?
—le dijo su padre.

Era un juego que solían practicar cuando él era más pequeño en todos los congresos científicos. Consistía en tratar de adivinar la nacionalidad de los participantes. Como las ponencias duraban varios días, después Carmen les ayudaba a descubrir si habían acertado o no. Se trataba de una diversión bastante infantil, pero Bernal no quiso apenar a Mauro diciéndoselo. Además, tampoco tenían otra cosa mejor que hacer...

—Alemanes —dijo, señalando con disimulo a un grupo de dos mujeres y un hombre que atravesaba en ese momento el vestíbulo con paso decidido, en dirección a los ascensores.

—No lo sé —replicó Mauro con el ceño fruncido, simulando una profunda concentración—. Yo diría que... polacos.

—¿Por qué?

—Por... por los zapatos —soltó Mauro.

Bernal lo conocía lo suficiente para saber que había dicho lo primero que le había venido a la cabeza. Los dos se echaron a reír.

—Así no vale —dijo Bernal—. Hay que hacerlo en serio.

Vieron en ese momento a dos jóvenes asiáticas con bonitas maletas estampadas. Una de ellas llevaba una pamela marrón.

—Japonesas —dijo Bernal.

—No —le corrigió Mauro—. Coreanas. Estoy seguro.

Así continuaron durante un buen rato. Mientras tanto, en la cola de recepción, Carmen, Susana y Santi iban avanzando lentamente.

—Mira, esa niña debe de tener tu edad —observó Mauro señalando a una adolescente que acababa de entrar en el hotel acompañada de un hombre de unos cuarenta años—. ¿De dónde crees que son?

Bernal observó a la chica. Llevaba una media melena con flequillo y un corte algo asimétrico que le daba



un aire moderno y sofisticado. Iba vestida con una camiseta blanca y un peto negro por encima. Parecía muy elegante... para tener doce o trece años.

En cuanto a su padre (porque seguramente el hombre que la acompañaba era su padre), todavía destacaba más por su elegancia. Alto, apuesto, con los ojos azules y el pelo canoso iba vestido con un impecable traje oscuro.

—Italianos —dijo Mauro—. No, franceses.

—No lleva la acreditación —observó Bernal—. Así que no están en el congreso. Serán turistas que han venido de vacaciones.

—Puede ser, aunque es una época del año un poco rara para...

Mauro se interrumpió al notar que la chica de la que estaban hablando, después de intercambiar unas palabras con su padre, se dirigía resueltamente hacia ellos. Un instante después se plantó delante de Bernal y le preguntó en inglés de dónde era. Él contestó que era español.

—Yo hablo español —dijo la chica con una pronunciación casi perfecta—. Lo estudio en el colegio. ¿Cómo te llamas?

—Bernal.

—Yo soy Nicole. De París —dijo ella, tendiéndole la mano con mucha seriedad, como si fueran adultos—. ¿Vas a estar por aquí unos días?

—Sí. Mi madre participa en el congreso del vino. ¿Tu padre también?

—No. Pero él es también investigador, a su manera. ¿Quieres saber a qué se dedica? Ven, te lo enseñaré.

Historia de una rosa

Cuando acompaña a su madre a un congreso científico en Bulgaria, Bernal se encuentra con una rosa callejera, cuya imagen le provoca misteriosos sueños. ¿Qué relación hay entre esa rosa y la historia de su familia? Carmen, su madre, empieza a investigar sobre ello. Pero hay más personas interesadas en hacerse con los secretos de la rosa.

Con este libro aprenderás...

Sobre la importancia de la recuperación de especies de cultivo tradicionales para el desarrollo sostenible.



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 10 años

ISBN 978-84-698-6612-2
9 788469 866122
1589080

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com